

Forestación y Globalización: una perspectiva empresarial

7 de octubre de 2000

Discurso de apertura en ocasión del 100° Aniversario de la Escuela Yale de Forestación y Estudios del Medio Ambiente Yale, Connecticut, Estados Unidos

En 1982, cuando todo el que pudo sacó su dinero de Chile para salvarse de una devaluación inminente, yo decidí retirar parte de los fondos de mi cuenta bancaria en Suiza e invertir en un negocio de forestación en ese país.

Durante casi un mes, recorrí el interior de Chile evaluando más de una docena de oportunidades de inversión. La elección no fue fácil. Todo estaba en venta excepto una compañía: precisamente la que me resultaba más atractiva pues era pequeña y estaba bien administrada por un inversor privado. Su dueño ni siquiera quería recibirme para conversar sobre mi oferta; pero logré finalmente convencerlo de que considerara las ventajas de tener un socio que aportaría capital a cambio del 50 por ciento de las acciones. Por entonces la empresa era propietaria de unas 4.000 hectáreas de pinos y de un aserradero que, juzgado según los criterios actuales, era pequeño. La mitad de los árboles talados se exportaban como troncos crudos; en aquel momento, el producto más elaborado que se producía era madera verde cortada.

Hoy, 18 años más tarde, soy dueño del 85 por ciento de Terranova, una empresa radicada en Chile con plantaciones forestales en ese país, Brasil y Venezuela. Otra de mis compañías tiene plantaciones de teca en Panamá y Guatemala. Terranova posee unas 220.000 hectáreas forestales en Chile, 8.100 en Brasil, y 113.500 en Venezuela. La mayor parte son plantaciones de pinos, aunque en Chile hay más de 32.400 hectáreas de forestación natural que se administran para su conservación. Las plantaciones de Panamá y Guatemala incluyen teca y especies autóctonas. Terranova produce actualmente puertas, molduras, placas para puertas y paneles, muchos de los cuales se exportan a los Estados Unidos. Ya no vendemos troncos, sino productos con un alto valor agregado por la industria local.

El crecimiento y la utilidad de mi inversión en la industria forestal de América Latina parecen magros en comparación con las subas recientes de los papeles "punto com". Sin embargo, el cotejo de nuestros resultados con los de las empresas de alto rendimiento de lo que hoy llamamos la "vieja economía" –de la cual mi compañía forma parte– arroja cifras bastante interesantes. Por este motivo, comparto mis experiencias como inversor en forestación con un sentimiento de éxito y orgullo.

Todas nuestras forestaciones son plantaciones recientes, sembradas en su mayoría sobre suelos degradados. La compañía chilena cotiza en la Bolsa de Santiago de Chile y logró la certificación ISO 14000. Junto con mis colegas del Consejo Empresarial Mundial para el Desarrollo Sostenible, hemos ayudado a desarrollar esta acreditación a comienzos de los años 90; nuestro objetivo era convertir en procedimientos prácticos y operativos –en términos de negocios– esa visión aún imprecisa del desarrollo sostenible.

A comienzos de este año, nos planteamos obtener la acreditación del Forest Stewardship Council (FSC). Al iniciar los preparativos para el proceso de certificación, tropezamos con un desafío inesperado: el FSC requiere cooperación con la población indígena y con cualquier otro habitante del área forestal propia. Mis forestaciones son pequeñas plantaciones diseminadas y, casi por definición, nadie vive en estas áreas de propiedad privada. Por lo tanto, nosotros no parecíamos calificar para la acreditación del FSC. Mientras cavilábamos acerca de qué decisión tomar, Home Depot de los Estados Unidos –empresa a la que exportamos un porcentaje sustancial de nuestros productos– nos comunicó que debíamos certificar que nuestras operaciones forestales eran sostenibles. Por esta razón, estamos tratando de cumplimentar los requisitos para la acreditación del FSC. La plantación de Panamá obtuvo su certificación del FSC en el mes de agosto.

A decir verdad, podría finalizar este discurso aquí mismo. Yo, un hombre de negocios suizo, necesito la aprobación de una ONG en Oaxaca (México) para poder exportar productos de madera –elaborados por una compañía chilena con materias primas de ese país– a 900 filiales de una empresa multinacional, con sede en Atlanta, distribuidas desde Canadá hasta Chile. Entonces mi disertación tendría como tema la realidad de los negocios forestales en el mercado global actual: ¡y este es un ejemplo perfecto! Es más, se trata de un caso verdadero que data de pocos años atrás.

Obviamente, no cerraré mi discurso en este punto. No tienen esa suerte: tendrán que escucharme un poco más. Y no me culpen a mí sino a mi viejo amigo Gus Speth, quien me invitó a participar hoy de este magnífico evento.

Desde que nos conocimos “rumbo a Río”, hemos compartido juntos muchos momentos interesantes y algunos desafíos, de modo que no pude rehusar su invitación.

No obstante, también tengo otro motivo para estar aquí. Gus está comprometido en la tarea de convertir a la Escuela Yale de Forestación y Estudios del Medio Ambiente en una escuela global. Esta escuela será de utilidad para los países en vías de desarrollo. Con ese propósito, están incorporándose profesores y estudiantes provenientes de esas naciones. Sobre su ya sólida reputación, esta casa de estudios se levantará como un centro de liderazgo para los negocios relacionados con el medio ambiente, apoyando el estudio del financiamiento para el desarrollo sostenible. Un nuevo edificio, funcional e impresionante, será construido en el predio de la universidad. Por supuesto, Gus tendrá que recaudar fondos para lograr todo esto: su “Campaña del Centenario” ya está en marcha. Y aquí es donde aparece mi motivo oculto: Gus, cuando busques patrocinadores, recuerda que el hecho de que yo esté hoy aquí significa que tú me debes a mí, y no yo a ti.

Dejando de lado este motivo, decidí asegurarme que mi inversión a la hora de preparar este discurso rindiera un retorno aceptable, a saber: mejorar mi propia comprensión del negocio forestal. *¿Qué está ocurriendo en este sector siempre tan volátil?* Yo debería saberlo. Esa pregunta me obligó a evaluar mi propia experiencia y a consultar con otros. Los resultados de esa tarea los agrupé en ocho grandes tendencias. Las noticias no son todas buenas, pero hay más bueno que malo.

No pretendo dictar cátedra al exponer estas tendencias; más bien intento contribuir a un diálogo a través del cual, nosotros desde la empresa y ustedes desde la academia, podamos desarrollar alternativas que aprovechen al máximo algunas tendencias y resistan otras. *¿Qué significan estas tendencias para la Escuela Yale de Forestación y Estudios del Medio Ambiente?* Procuren reflexionar sobre cada una de ellas a medida que las exponemos.

Creo que la *primera tendencia* marca, a pesar del caos actual y la polémica, que nos encaminamos hacia la estandarización de las normas internacionales sobre el manejo del medio ambiente. Actualmente existen muchos, demasiados esquemas de certificación. Los grupos ambientalistas detestan esto, pues confunde al cliente y pone en tela de juicio la validez de todos los estándares. Esta situación resulta también muy molesta –y costosa– para los sectores de negocios. Los empresarios debemos mirar hacia el futuro y tomar decisiones a largo plazo basadas en supuestas demandas de los consumidores; sin embargo, la multiplicidad de normas y las expectativas cambiantes del mercado dificultan gravemente la elaboración de un plan a largo plazo. Por esta razón, creo que entre cinco y diez años más habrá sólo uno o unos pocos estándares universalmente aceptados que caracterizarán una buena administración.

Se observan ya en la actualidad pasos en esa dirección. Por ejemplo, el FSC está desarrollando normalizaciones regionales, conformes a requerimientos locales y dentro de un marco de “principios globales”. Asimismo, están realizándose esfuerzos tendientes al establecimiento de un marco paneuropeo que permita el reconocimiento mutuo de esquemas de certificación dentro de ese continente; dichos esquemas incluirían eventualmente también a otras regiones. Dado que nosotros –quienes cultivamos árboles en países en vías de desarrollo– tendremos que cumplir con esos estándares para poder vender en los países industrializados, deberíamos involucrarnos también en las discusiones donde se definan estos esquemas. En el Consejo Empresarial Mundial para el Desarrollo Sostenible, un grupo de compañías forestales está elaborando actualmente su concepto de Forestación Sostenible y promoviendo la necesidad del reconocimiento recíproco y de la estandarización de los sistemas de certificación para los emprendimientos forestales.

La *segunda tendencia* consiste en que veremos un gran incremento en la práctica del etiquetado, un procedimiento destinado a defender el derecho a elegir del consumidor. Ya hemos visto el desarrollo de un mercado significativo para productos forestales provenientes de plantaciones bien administradas. El etiquetado y los mecanismos de la cadena de custodia permiten al cliente identificar dichos productos. Probar que los productos forestales proceden de explotaciones bien administradas se transformará probablemente en el costo de entrada a la mayoría de los mercados de los países desarrollados (algo que ya está ocurriendo con casi toda Europa y, más aún, con América del Norte). Yo he pagado ese costo de entrada; sin embargo, me ha desilusionado un poco comprobar que la garantía de que los productos proceden de una administración de última generación no se haya reflejado sensiblemente en el precio de los mismos. Al parecer, los consumidores no creen que deban pagar más por esos productos: espero que, al menos, los prefieran por sobre aquellos no certificados.

A propósito de productos etiquetados, la aceptación que tendrán los productos forestales derivados de árboles genéticamente modificados es, por el momento, una gran incógnita. Si tomamos como referencia la experiencia europea con productos agrícolas, podemos pensar que probablemente los consumidores exijan rótulos de OGM, aunque esto es imposible de predecir. *¿Aceptarán nuestros clientes productos forestales genéticamente*

modificados, porque –a diferencia de las papas OGM– los árboles no se comen? ¿Los impresionará positivamente la posibilidad de cultivar árboles con menos lignina, una circunstancia que, al reducir el uso de la energía y los químicos habitualmente necesarios para extraer la celulosa, significaría un gran beneficio para el medio ambiente? ¿O se mostrarán horrorizados de que los árboles OGM permanezcan en el medio ambiente por muchos más años que los protos de soja OGM? Nadie lo sabe.

El etiquetado ofrece algunas oportunidades a quienes estamos en las empresas porque podemos diferenciar nuestros productos en el mercado. Pero también presenta algunos peligros: por ejemplo, si una compañía de forestación hiciera una inversión importante en árboles genéticamente modificados y éstos lograran poca aceptación en el mercado, esos productos serían identificables y, en consecuencia, evitados.

La *tercera tendencia* –de la cual mi propia compañía es un ejemplo típico– es un desplazamiento del negocio forestal en general hacia los trópicos y el hemisferio sur. Allí, las condiciones de crecimiento son mejores y la mano de obra, la tierra y los materiales tienden a tener un costo menor. Estas últimas variables son importantes para mí, porque estoy tratando de agregar valor –por ejemplo, transformando árboles en puertas– en aquellos países donde tenemos plantaciones. (Les aclaro que no estoy en el negocio de la pulpa).

No obstante, también debemos enfrentar otros desafíos en los países en vías de desarrollo, tales como la inestabilidad política y económica, las primas de alto riesgo sobre el costo del capital, la corrupción y las dificultades logísticas. Además, ciertos tipos de forestación son relativamente nuevos y esto hace que las técnicas sean frecuentemente poco conocidas en los trópicos. Durante la última década, estos riesgos se han reducido en gran parte de América Latina, pero no han desaparecido.

Estas cuestiones resultan particularmente críticas en el marco del largo plazo inherente a las inversiones en forestación. Sin embargo, estos problemas pueden superarse, y veremos un incremento de plantaciones forestales en los trópicos. Los elevados estándares ambientales internacionales y las expectativas del mercado incentivan a las compañías que operan y exportan desde los trópicos a emplear lo último en tecnología global y prácticas de administración. Algunas de las compañías forestales más modernas y profesionales se encuentran en países tropicales en vías de desarrollo. Además, el hecho de estar en el negocio de las plantaciones y no en el de la forestación natural, reduce también los riesgos. El cultivo forestal intensivo requiere una superficie de tierra mucho más pequeña; ésta puede adquirirse como propiedad privada y, en consecuencia, existen menos posibilidades de que la compañía se vea expuesta a eventuales cambios en las reglamentaciones gubernamentales respecto de los términos de una concesión forestal.

Esto nos conduce a la *cuarta tendencia*: un movimiento generalizado hacia el cese de la explotación de forestaciones primarias y, quizás totalmente, de forestaciones nativas. El público de los países industrializados está llegando gradualmente a la conclusión de que la explotación de la forestación primaria, ya sea tropical o templada, no es un uso legítimo para esos bosques; se considera que estas forestaciones han sido reducidas a tal punto, que ahora la mayoría debería conservarse. En este preciso momento están llevándose a cabo importantes protestas en el Valle del Elaho, en la Columbia británica. Asimismo, se produjeron numerosos boicoteos municipales en Europa y los Estados Unidos, donde las comunidades han proscrito el uso de maderas tropicales durante la última década.

Esto no significa que no haya oportunidades de que un inversor administre forestaciones nativas para obtener madera; sin embargo, cualquier esfuerzo en este sentido deberá adecuarse a estándares extremadamente altos. En efecto, fue la preocupación por la deforestación tropical lo que originalmente motivó la creación del Forest Stewardship Council. Personalmente, considero que es sumamente arriesgado invertir en una compañía forestal de este tipo, aún cuando cuente con la certificación del FSC: muchas ONG's están firmemente convencidas de que muchos bosques son áreas expuestas a un peligro tan importante que no debería permitirse ningún tipo de administración sobre ellos, ni siquiera las calificadas como del más alto nivel.

Es preciso señalar otro aspecto importante en esta tendencia. En el pasado reciente, se han establecido gran cantidad de plantaciones; en un futuro próximo, alrededor del año 2010, esto podría provocar una sobreoferta de madera de plantación en el mercado mundial. En consecuencia, las forestaciones tropicales nativas tendrán dificultades para competir con esa materia prima abundante, particularmente en el segmento destinado a productos básicos, tales como madera para la construcción, virutas para pulpa, o madera para enchapado. Si no se toman ahora las medidas necesarias para desarrollar nuevos mercados y sistemas de administración que permitan producir mercancías con un mayor valor agregado a partir de los recursos de estos bosques, eventualmente las explotaciones de forestaciones nativas tropicales deberán enfrentar severas presiones de precio. Esto amenazaría considerablemente el manejo responsable de esos bosques. Por consiguiente, es muy

posible que la economía pura refuerce el creciente sentimiento público respecto de que la forestación natural no debería utilizarse para la producción de madera.

Una *quinta tendencia* es la creciente especialización forestal orientada a diferentes productos y servicios. En los bosques y plantaciones que producen madera, se aprecia una reducción tanto del número de especies plantadas como de la diversidad genética de las mismas. La ingeniería genética posibilita ahora modificar los códigos genéticos de los árboles para producir variedades específicas, como por ejemplo, el pino *radiata* –que se destina para pulpa pues posee un bajo contenido de lignina– o ciertas clases de árboles de ramas reducidas empleados para madera de uso industrial. Incluso, se especula con desarrollar “bosques de carbón”, es decir, plantaciones de árboles cultivados específicamente para absorber la máxima cantidad de dióxido de carbono posible.

Esta tendencia a incrementar la especialización es el resultado natural de una gestión organizacional focalizada en mercados específicos, que busca ser competitiva a través de una estrategia de reducción de los costos de producción. Esto contradice notablemente la visión de los científicos y de las ONG's, quienes opinan que los administradores deberían aprovechar todo el abanico de bienes y servicios que los bosques producen y no limitarse a una variedad restringida. Al mismo tiempo, existe menos tolerancia hacia la explotación y otros usos extractivos de los bosques de conservación. Luego, corresponde señalar que los conservacionistas también demandan sus propios bosques especializados.

¿Cómo resolveremos la contradicción entre estas exigencias? ¿Cómo armonizar, por una parte, la creciente demanda de una administración de los bosques orientada a proveer materias primas para múltiples bienes y servicios y, por la otra, el aumento de la especialización al nivel de los lotes? Creo que la clave reside en modificar el nivel desde el cual consideramos los temas de forestación. Necesitamos un buen planeamiento a escala regional o del paisaje que establezca qué forestación debería conservarse y qué áreas podrían destinarse a una producción intensiva. A pesar de ser indispensables, en la mayor parte del mundo –particularmente en los trópicos– no existen programas de este tipo. Sin embargo, los inversores en forestación se encuentran con que se espera que ellos abastezcan, mediante la administración de sus bosques, la múltiple demanda de bienes y servicios: ¡una expectativa que hallarán bastante difícil de satisfacer!

En mis propios bosques, y dada la ausencia de planeamiento regional respecto del uso de la tierra, ensayamos un abordaje sistémico del tema, aunque en una escala más reducida. En vez de tratar de administrar un área grande de vegetación nativa para distintos propósitos –con el riesgo de no alcanzar ninguno de ellos–, tenemos áreas forestales de producción intensiva, áreas de protección de cuencas y áreas de conservación. Basado en mi propia experiencia, creo que la industria debería tomar la iniciativa y exigir la elaboración de planes regionales para el sector forestal y para el establecimiento de áreas protegidas. Esto favorecerá nuestro propio interés pues contribuirá a que las compañías entablen un diálogo constructivo acerca de lo que podemos y deberíamos lograr en nuestras propias tierras.

La *sexta tendencia* se manifiesta en un creciente volumen de operaciones y en un recurso mayor a la economía de escala. Muchas compañías forestales, tanto en los países desarrollados como en los que están en vías de desarrollo, son relativamente pequeñas; esto les impide cotizar en las bolsas de comercio y, por su intermedio, acceder a los mercados de capital internacional. Tampoco pueden costear el mejor material genético, ni contratar personal técnico calificado de primer nivel. Sus costos unitarios son considerablemente más altos que los de una compañía forestal de mayor envergadura. Estos condicionamientos determinaron que las empresas se encaminaran hacia una progresiva globalización: en la medida en que estas organizaciones incrementen su tamaño por medio de fusiones y adquisiciones, irán reuniendo los requisitos necesarios para ingresar en las bolsas de comercio y acceder así a los mercados internacionales de capital. Asimismo, esto les permitirá alcanzar economías de escala y hacerse más competitivas.

No obstante, las compañías forestales pequeñas desempeñarán siempre un papel importante en muchos países y mercados. Debemos encontrar los medios para fortalecer a los productores en pequeña escala frente a sus dificultades. Una de las formas de superar los problemas de financiamiento de estas compañías puede ser agruparlas dentro de un fondo de forestación más grande. Estos fondos se adueñan de muchas compañías forestales pequeñas y alcanzan una envergadura adecuada como para poder asegurarse una administración profesional de primerísima línea, tener acceso a los mercados de capital y ofrecer a los inversores una oportunidad atractiva.

En América Central, estamos experimentando con formas de superar otras desventajas que aquejan al productor de pequeña escala. Mi fundación AVINA está proveyendo los fondos para una iniciativa llamada Teak (“teca”) 2000, de la que mis compañías están participando activamente. El objetivo de Teak 2000 es agrupar a los

pequeños productores para que puedan acceder a conocimientos técnicos, del mercado y al material genético. Esta experiencia recién se inicia y aún no sabemos si funcionará, pues la gran incógnita es si las empresas estarán dispuestas y capacitadas para cooperar conjuntamente en vistas a un beneficio mutuo.

Estamos tratando de desarrollar, también a modo experimental, nuevas asociaciones con la comunidad académica. Nuestras compañías en Panamá y Guatemala son demasiado pequeñas como para sustentar sus propios programas de investigación y desarrollo. Sin embargo, la poca experiencia en esa región respecto del manejo profesional de la teca hace imprescindible contar con conocimientos nuevos. Por esta razón, hemos establecido un mecanismo de cooperación entre los institutos públicos de investigación y el sector privado. Un comité científico directivo se reúne dos veces al año e identifica los problemas más urgentes relativos a la sostenibilidad de las plantaciones; una vez establecidos los temas urgentes, invitamos a algunos estudiantes graduados a que trabajen sobre estos problemas. Dos estudiantes diplomados en Yale estuvieron trabajando en nuestras tierras este año. Hasta donde podemos ver, ésta es una estrategia en la que todos los involucrados salen ganando: accedemos a profesionales de primera línea, los estudiantes latinoamericanos tienen ocasión de realizar investigaciones sobre problemas reales de la industria forestal y los institutos especializados en estos temas pueden demostrar que están trabajando y contribuyendo a solucionar los problemas de su región.

La *séptima tendencia* es una mala noticia: no se vislumbra ningún mercado emergente serio para los servicios forestales relativos a la sustentabilidad del medio ambiente, a pesar de lo mucho que se habla sobre el alto valor de estos servicios. No hay mercados significativos para la biodiversidad, la protección de las cuencas o la captura de dióxido de carbono. Mientras no surjan mercados para estos servicios, los dueños de forestaciones no tendrán un incentivo financiero que los motive a brindarlos. No obstante, las expectativas públicas están depositadas en que sí lo hagan y por eso se pide a los inversores que implementen estos servicios. Pero dicha implementación significaría un aumento en el costo de producción de la madera que no proporcionaría un ingreso adicional. Esto debe cambiar. La necesidad de ofrecer incentivos y compensaciones a las compañías forestales recién está empezando a reconocerse. Por ejemplo, la nueva ONG Forest Trends, con base en Washington, ha elegido esta temática para una de sus campañas más importantes.

Quiero concluir con una *octava tendencia* que resulta de particular interés para esta escuela y otras similares: los gobiernos comienzan a desempeñar un papel menos protagónico en el manejo de la forestación. Esto es algo que yo pedí en mi libro *Cambiando el Rumbo*, publicado en 1992. En esta obra, señalaba que en las últimas décadas las tres cuartas partes de los bosques del mundo habían pasado a manos de los gobiernos y que la gestión desarrollada por éstos estaba muy lejos de haber sido exitosa.

Hoy los diálogos más importantes en torno a la cuestión forestal se desarrollan entre la industria y las ONG's. Estas conversaciones están dejando al margen a los gobiernos. Éstos continúan en el negocio del *leasing* forestal, pero tienen menos influencia sobre lo que ocurre dentro de él. Esto obliga a lograr acuerdos más efectivos entre las empresas, el mundo académico, los institutos de investigación y las ONG's. El tratamiento de temas tales como estándares, mercados emergentes para productos verdes, demanda de etiquetado para los consumidores, cambio de rumbo en las compañías forestales responsables, abandono de la explotación de bosques primarios, etcétera, es algo reciente dentro del mundo de la forestación, y prácticamente todas estas cuestiones se han abordado sin una intervención gubernamental significativa.

Las ONG's están trabajando en la difusión pública de más y mejor información sobre temas forestales. En consecuencia, nosotros, los empresarios, en breve encontraremos datos sobre nuestras operaciones y nuestros bosques divulgados por organizaciones tales como Global Forest Watch, World Conservation Monitoring Center y Forests Monitor a través de sitios web. Esto fomentará la posibilidad de que las organizaciones de la sociedad civil y de los consumidores se interesen en iniciar un diálogo con el sector forestal. El contacto directo con las ONG's, los grupos de consumidores y otros sectores civiles involucrados, resultará beneficioso para nuestros negocios. ¿Por qué? Porque ellos son los actores que determinarán el acceso al mercado y la demanda de nuestros productos. Este fenómeno es una tendencia que se está desarrollando fuera de la esfera reguladora de los gobiernos.

Existen muchas maneras de que la industria forestal logre acelerar este diálogo que comienza a darse entre las diversas partes vinculadas. Los empresarios deben mostrarse más dispuestos a discutir honestamente sobre el impacto que ha sufrido el sector forestal en su conjunto. Las compañías líderes tienen que señalar y exponer las faltas en que incurren las empresas que tienen un desempeño deficiente dentro de la industria, pues producen una mala imagen que perjudica a todo el sector. Asimismo, nuestra actividad necesita mayor honestidad respecto del perjuicio que las prácticas de explotación pobres e irresponsables operan sobre la forestación en todo el mundo, al tiempo que es necesario buscar soluciones para mitigar ese impacto negativo. Debemos dar todo el apoyo al establecimiento y la manutención de las áreas protegidas en todos los bosques del mundo. Y, fundamentalmente,

el sector forestal necesita participar más activamente del debate público. Las compañías forestales responsables, que emplean las mejores prácticas, tienen el derecho y la responsabilidad de involucrarse en el diálogo sobre el futuro de los bosques en el mundo, en la medida en que este diálogo se vaya produciendo.

Por su parte, las ONG's y los académicos deberán ponerse al día y entender las realidades del negocio forestal para poder colaborar en la búsqueda de soluciones; deberán comprender que, si exigen demasiado a las compañías forestales, éstas quedarán fuera del negocio pues no podrán competir contra usos de la tierra mucho menos benignos como, por ejemplo, la agricultura.

Si estos cursos de acción fueran tomados por quienes están interesados e involucrados en la industria forestal, se facilitaría enormemente el desarrollo de los espacios de intercambio y de acuerdo necesarios para que la comunidad global pueda diseñar un plan para los bosques del mundo que atienda a las necesidades de todos. Uno de esos espacios es "The Forest Dialog" ("El diálogo forestal"), conducido conjuntamente por el World Business Council for Sustainable Development Forestry Working Group y el World Resources Institute. Se trata de un equipo pequeño, integrado por 15 personas representantes del sector privado, los dueños de tierras privadas y ONG's. Ellos serán los encargados de crear grupos de trabajo sobre temas claves para la forestación: certificación, explotación ilegal, captura de dióxido de carbono y OGM. Existe una muy buena disposición entre sus miembros ya que no existen cuestiones que distancien significativamente a la industria progresista de las ONG's moderadas. El desafío asumido consiste en reformar a los industriales que tienen una actuación ambientalmente deficiente y evitar que otras ONG's desplieguen acciones contra la producción. Es posible que la Escuela Yale de Forestación y Estudios del Medio Ambiente, actúe como secretaria de "The Forest Dialog".

¿Qué significan las ocho tendencias que mencioné ante ustedes, miembros de una institución académica de prestigio mundial, reconocida durante generaciones por marcar tendencias y establecer pautas para la administración forestal? No lo sé. Eso lo tienen que decidir ustedes. Los he puesto en conocimiento de desafíos y oportunidades. La única certeza acerca del futuro de nuestro sector es que asistiremos a cambios que se producirán mucho más rápido y con consecuencias mucho más dramáticas que los que esta industria ha visto en el pasado. Aunque los árboles se presenten como un símbolo de permanencia y la forestación sea considerada por algunos como el emblema de la "vieja economía", este sector experimentará transformaciones contundentes.

Hace 100 años, esta escuela fue creada con el objetivo de combatir la rápida destrucción de los bosques en los Estados Unidos. Ahora enfrenta el desafío de la acelerada degradación de los bosques a escala mundial. Su nueva escuela global se ha propuesto capacitar a los nuevos líderes, desarrollar una nueva ciencia de la sostenibilidad y nuevas técnicas para implementarla.

Nosotros, el empresariado forestal, necesitamos de su ayuda para llevar a cabo la transformación que permita sostener los bosques del mundo y sus múltiples servicios, y para sostener a nuestras empresas. Es mi deseo que el empresariado y la academia aúnen esfuerzos para acercarnos a esa meta ideal que debe orientar todas nuestras actividades: la sostenibilidad.

Gracias.